

— 36 —

alrededor de la sala, y luego lanzándose á la puerta, la abrió precipitadamente, y exclamó: — ¡Eso mas Dios mio! Eso mas curia sobre nuestro descalzado sermo!

¡Esto será que para certificar el capitulo, y un poco andemos hacia atrás por ver si hallamos las causas del error, las causas de las incompleciones de las palabras de don Rodrigo!

¡Ah! cuando este capítulo habla del retrete de don Inés, ni se sabe si era el retrete de la abadesa, como se dice en el capítulo anterior.

**CAPITULO IV.**

¡Ah! cuando este capítulo habla del retrete de don Inés, ni se sabe si era el retrete de la abadesa, como se dice en el capítulo anterior.

**Donde se da cuenta de cierta expedición que hizo un monje benito á un monasterio, para acallar escrúpulos de su conciencia.**

¡Que pregunta que en esta expedición se hace para que el tiempo se pase mejor, y se acallen los escrúpulos de don Rodrigo, y se acallen los escrúpulos de don Rodrigo!

Cae; los campos gimen  
con los rotos escombros.

QUINTANA.

¡Qué mudado estás Mont-Aragon de como fuiste otro tiempo!

¿Quién conociera en tí aquel recinto que fué silla de preladados, y ciudadela de guerreros, y corte de magníficos reyes? ¿Quién diria, al verte, que en tí anduvo cifrada la esperanza como la fortuna de aquella gente heroica que conquistó á Sicilia y Atenas, y dió pavor con sus armas á los mas altos príncipes de la tierra? ¿Cuál osaria pensar al con-

templarte, sin saber tu historia, que en tí hubo abad que contase ciento y cuatro iglesias debajo de su jurisdiccion espiritual y veinte y ocho villas y aldeas, debajo de su jurisdiccion temporal y mero y mixto imperio? Y ¿qué cabeza de obispado habia de igualársete, si con el territorio que tú sola regias hubo para formar dos grandes obispados los años adelante? ¿Qué corte de rey mas rica y mas poderosa que tú, cuando tú armabas hueste, y ganabas pueblos de moros, y alzabas por tu cuenta fortalezas? ¿No envidiaron reyes y príncipes la mitra de tus preladados? ¿No la pusieron por honra en sus sienes? ¿No poseiste rios adonde solo á tus señores era permitido pescar, y montañas donde solo de ellos era el perseguir y matar las fieras? ¿No se contó en el mundo por era el año de tu fundacion?

¡Muy otro estás, Mont-Aragon, de como te vieron los pasados siglos!

Ya no hay en tí ni corte, ni templo, ni fortaleza. Rehajáronse tus torres, ciento y sesenta palmos levantadas un tiempo sobre el alta montaña, y hoy son sus restos padron de espanto en la comarca, rotas las almenas, abiertos los matacanés. Tus muros, de doce palmos de espesor, donde jamas hizo mella el són aterrador de la guerra, ya solo sirven para publicar en largo espacio tu baldon y ruina; portillos por aquí y por allí, escombros por todas partes. Del adarve donde Sancho Ramirez plantó sus pendones por reto y afrenta del Abd-er-rahman de Huesca, cuelga viciosa y lozana la *higuera del Diablo*; y las enormes piedras que en hombros su-

4

bieron los cristianos á lo alto, no sirven ya para abonar tu gloria, ni para defender tu grandeza; mas rodando desde la cima acrecentaron la redonda montaña donde te asentaste.

Tu templo está desierto, deshechos los altares, abiertas las tumbas y esparcidas las cenizas por el viento; cenizas de conquistadores y de santos. Y necio será quien hoy pregunte en tu recinto por don Alonso el Batallador, porque solo han de mostrarle el hundido pavimento donde yació por largos siglos, y viles fragmentos de la urna, abrevadero ya, si no pocilga, de ganados, donde guardaron sus restos nuestros padres.

Tumbas, altares y riquezas, todo te lo robó la ciudad vecina, Mont-Aragon; mas cierto que tú vendiste como quien eres la afrenta, si ya no es que el mismo Dios vino en tu ayuda. Porque hubo un dia en que se dijo: *es preciso destruir aquel nido* (1), que nido eras de fe y de recuerdos de gloria, y la codiciosa mano del mercader cayó sobre tí. Vendiéronse á precio vil tus tejas y tus maderas cortadas ocho siglos antes en el Pirineo y conducidas en hombros de mártires. Y cuando el despojo infame estaba ya reunido, cuando la mezquina ganancia mas halagaba el corazón de los especuladores, cayó ignorada llama, fuego quizás del cielo, que todo lo redujo á pavesas.

Noche fué de horror para Huesca aquella en que

(1) Frase pronunciada para solicitar la pronta ruina de Mont-Aragon, quizás por alguno de los que hoy rayan mas alto en punto á sentimientos reaccionarios.

murió coronada tu frente majestuosa de rojos cabellos, hogueras inmensas del incendio; y tanto que acaso no lo sintiera igual desde el dia en que por primera vez vió alzada la cruz sobre la mas alta de tus torres, anunciando el completo esterminio de su gente mora.

Mont-Aragon, Mont-Aragon, al recordarte los ojos que te han visto, se llenan de llanto, y el corazón que ha respirado el aire misterioso de tus ruinas siente vergüenza por la edad presente. ¿Quién retrocediera á los tiempos en que tú eras rey de los Pirineos y de la llanura! ¿Quién peleara cual tú peleaste por aquella raza de monarcas que habian costumbre de morir en lides contra moros, y en defensa y prez de sus vasallos! ¿Quién, como tú, los conociera, y oyera sus altas voces de fe, y de valor, y de gloria!

¡Ah! los que vivimos en esta época de civilizado vandalismo y de cristiana indiferencia, tenemos mucho que aprender al pié de aquellos viejos monumentos que simbolizaban una raza de hombres que sabia hacer guerras de ocho siglos, y conquistar imperios, y levantar catedrales, y descubrir mundos.

Ese símbolo y no otra cosa era lo que se anidaba en Mont-Aragon; ese símbolo y no otra cosa es lo que hemos puesto por tierra.

¿Quién vendrá ahora á solicitar resignacion en los menesterosos y fe en los desvalidos? ¿Quién predicará lealtad monárquica? ¿Quién levantará el antiguo amor de la patria? Tales cosas las apren-

dian nuestros padres en las piedras que nosotros hemos convertido en polvo; y en vano se cansan los filósofos y los publicistas, porque todos sus libros no lograrán lo que lograba una sola de las tradiciones, uno solo de los monumentos, uno solo de los *nidos* que hemos arrancado de la montaña.

Tales exclamaciones se nos vinieron sin querer á las mientes y de las mientes á los labios, al ver que en el viejo manuscrito del cronista, cuyo relato vamos siguiendo, al márgen de uno de los capítulos se miraba puesto en primorosas letras de colores, con figuras y ringorrangos el nombre de Mont-Aragon. Mas hartos de exclamar, y ciertos de que nadie habia de hacernos caso aunque mucho exclamásemos, comenzamos á leer en el manuscrito, y á poco nos pareció notar que el cronista no andaba muy de acuerdo con nosotros en punto á loar sin tasa las cosas de Mont-Aragon. Antes, al principio del capítulo, vimos que muy amargamente se lamentaba de que para entrar en la casa de Dios, fuese preciso emplear tantas formalidades como solian emplearse al entrar en las mas almenadas fortalezas y de que los abades se diesen trato de príncipes y decoro de reyes, entendiendo mas que convenia en las cosas temporales, y mostrándose mas entre soldados que entre monjes, y mas en córtes y campamentos que no en coros y altares.

Picónos la curiosidad este comienzo, y sin pararnos á contemplar cuán diversamente juzgan las cosas aquellos que las ven y las tocan, de los que las aprenden ó examinan al poético trasluz de los si-

glos, pasé adelante con el relato del buen muzáarbe, seguro de encontrar allí algo de provecho para el conocimiento de esta verídica historia.

Ello fué, dice el cronista, que al caer una tarde de Diciembre que podria ser la misma de la jura y coronacion del rey don Ramiro, se presentó á la puerta única que hubiese en el monasterio de Mont-Aragon un humilde fraile benito, demandando que ver le dejasen al santo abad de la casa.

Eralo entonces Fortuño, hombre de calidad en el mundo, y que dentro de la regla, si no santo era de los prelados mas reputados que tuviese Aragon en aquella era, tanto por su ciencia como por sus virtudes. Y bien debia serlo cuando de toda la tierra de Aragon y Navarra, y aun de la parte de Castilla y de la parte de Francia, solian acudir á consultar con él los monjes y legos, guiándose por sus consejos y pidiéndole absolucion de sus culpas.

Así fué que la aparicion de aquel fraile benito en tal ocasion, no pareció á nadie estraña, ni otros obstáculos se pusieron á su entrada que aquellos que eran de costumbre y regla general, á que en caso alguno se faltaba.

Dos hombres de armas salieron al divisar al monje por el postigo de la barbacana, y cuidadosamente le reconocieron. Cerciorados de que no traia consigo armas, y de que venia solo, le introdujeron en la ancha barbacana que corria por en derredor del muro principal, y desde allí, cruzando un estrecho puente levadizo, entraron todos tres por el fortísimo arco donde estaba asentada la puerta, que podria

contar todo lo mas seis piés de altura. Despues de dar unas cuantas vueltas por bóvedas y pasillos oscurísimos, sintió el monje que el frio de la noche le azotaba el rostro, y á pocos momentos se halló en uno de los claustros del monasterio. Dejéronle allí solo los dos hombres de armas, y trascurridos algunos instantes, apareció en el claustro un portero fonsurado, puesto que á decir verdad, antes pudiera tener semejanza con Nemrod que con Jesucristo, y mas propia parecia su membruda persona para empleada en armas, que no para consumida en vigiliyas y penitencias.

—¿Quién sois? preguntó el portero al monje con acento duro y desdenoso.

—Soy, señor, un monje benito del convento de Saint-Pons de Tomeras.

—¿Saint-Pons de Tomeras? respondió el portero: mal viento viene de allá, hermano. ¿Sabeis que os pudiera caer desdicha por acá, viniendo de tales partes?

—Soy un monje, no mas que un monje, señor, y no entiendo un punto de esas cosas que hablais.

—Abrieraos yo los sentidos, si en mí estuviera, buen fraile: ¿que es decir que no sabeis del viento que viene de Tomeras?

—De allí no ha venido, que yo sepa, sino el señor rey don Ramiro, á quien Dios ayude, dijo el monje.

—¿Rogais por él, hermano? Haceis bien, dado que lobos sois de la misma camada. Mas entended que mala la ha de haber antes de mucho como no

se remedie; ¿no sabeis que tiene ofrecidos á esta santa casa mas de tres molinos y mas de seis iglesias, y mas de veinte yuntas con otras muchas riquezas, y que ahora nos viene dilatando el pago? Mala la ha de haber el de Tomeras, hermano, si es avaro de bienes con la casa de Dios.

—Razon teneis, hermano; y don Ramiro pagará, segun yo creo, ó de no, deberéis castigarle; mas os advierto que traigo un caso de conciencia que consultar con el abad. ¿Podré verlo ahora mismo?

Dificil seria si yo le dijese que érais de Tomeras; porque con los malos hechos de ese monje rey, y el decir que son aconsejados por vuestro prelado, no quiere oír hablar siquiera de tal monasterio. Repítoos, triste monje, que son muchas las cosas que nos tiene ofrecidas el don Ramiro, y hasta ahora no nos ha dado mas que una sola viña y un mal molino; y aun eso con obligacion de encender una lámpara á su hermano don Alonso, y de mantener á un pobre, que ya se llevan en aceite la lámpara y en comida el pobre, mas que producen viña y molino.

—Vuelvo á decir que teneis razon que os sobra, replicó el monje; ¿pero no podré ver ahora mismo al abad de esta casa? No le digais, si os parece, que soy de Tomeras; mas despachaos por amor de Dios, hermano; mirad que verlo me urge.

—Este monje trae irregularidades consigo, y quién sabe aun si andará concuso en anatemas? dijo entre dientes el portero.

—Con que vamos, hermano, tornó á decir el fraile benito.

—¿ Con prisa andais? No, pues contad que no vais á entrar en vísperas, sino que vais á comparecer ante el santo abad, que es implacable con los pecadores; y al decir esto el portero echó á andar delante del monje.

—¿ Es muy severo el abad? dijo éste al montar la última grada de la escalera que subia al palacio abacial.

Eslo tanto, que mas de cuatro que entraron á hablarle muy erguidos y valerosos, salieron de su presencia temblando.

—Dios se apiade de mí, murmuró el monje.

Mas sin dejarle tiempo para pensar otra cosa, alzó el portero una espesa cortina, y empujándole con bien poco miramiento, le dijo:

—Entrad en ese aposento, que no tardará en salir el reverendo abad.

Obedeció el monje, y entrando se halló en un salon, ni bien largo, ni bien corto, ricamente decorado con muebles de pino y de roble, y con telas de lana. En la cabecera del salon se miraba una mesa de ancho tablero con labores incrustadas de hueso y de ébano, y encima de esta mesa alzabase un gran crucifijo de plata, al cual daban luz y compañía dos velas de cera amarilla. Detrás de la mesa se mostraba un sillón muy holgado, como si el artífice hubiera sospechado que todos los abades fueran de obesa persona; y al lado del sillón se levantaba un atril que mantenía abierto un libro muy primorosamente pintado.

Nuestro fraile benito reparó poco en estas galas,

ó por serle harto familiares, ó porque tales fuesen de grandes sus pensamientos, que no le permitieran fijarse en otra cosa.

Pasado un largo cuarto de hora, crugió una puerta escondida en el muro, y por ella el reverendo abad Fortuño salió á la estancia.

Tendria Fortuño á la sazón como unos sesenta años; los ojos frios, rugosa la frente, ralo e lebelllo, antes sobrado que escaso en la estatura, y era mas bien severo que benigno su semblante.

Entró con grave paso, sentóse silenciosamente en el sillón, é hizo seña al monje de que se acercase.

Pero contra nuestro intento se ha dilatado tanto este capitulo, que es fuerza dejar para otro la conversacion de los dos personajes, abad y monje, que tenemos ya frente por frente. Culpas son tales dilaciones del cronista muzarabe, el cual intercala tantos pormenores y minuciosidades en el testo, que la pluma no basta para borrarlos, ni es parte nuestro buen deseo para escusarlos siempre.

